

Invitación a otra microhistoria: la italiana

Carlos Antonio Aguirre Rojas

Investigador. Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

No hay razones, excepto las de una tradición filosófica nunca revisada, para suponer que menos generalidad sea lo mismo que menos valor epistemológico o científico.

Norbert Elias

Mencionar hoy en México, dentro de la comunidad de historiadores, el término «microhistoria» es suscitar de inmediato una posible confusión. Porque, desde los años 70 hasta hoy, y cada vez con más fuerza, el término se fue asociando, progresivamente, al proyecto y al modelo de historia defendido y explicado por el historiador mexicano Luis González y González. Este modelo encuentra su expresión y aplicación paradigmática en el hoy bien conocido libro de este autor, titulado *Pueblo en vilo*.¹

Sin embargo, si al evocar el término se tiene en mente la importante y cada vez más difundida corriente historiográfica de la microhistoria *italiana*, se está pensando en un proyecto intelectual que, de hecho, se sitúa realmente en las antípodas de esta «microhistoria» de Luis González y González. Porque al acercarse con cuidado a las reflexiones y a la caracterización que el

propio Luis González y González ha hecho de esta misma «microhistoria mexicana», resulta fácil descubrir que se trata, fundamentalmente, de un claro y explícito retorno hacia los horizontes y el universo de la muy antigua y ampliamente difundida rama de la historia local. Un retorno que, por lo demás, no es concebido como una simple vuelta atrás, desde el nivel de la historia general y de los modelos más globales sobre la historia de México, hacia la tradicional historia local y regional, sino más bien como una reivindicación saludable de la necesidad de regresar a ese plano de la historia local y de ámbitos espaciales más restringidos, como salida al agotamiento y a la relativa falta de renovación de esas mismas historias generales.

Así, el mismo Luis González y González, para definir su versión de la microhistoria, recurre a la «historia anticuaria» de Nietzsche, afirmando que esta última «es la Cenicienta del cuento». Y luego, describiendo sus rasgos y raíces, agrega

fluye de manantial humilde; se origina en el corazón y en el instinto. Es la versión popular de la historia, obra de aficionados de tiempo parcial. La mueve una intención piadosa: salvar del olvido la parte del pasado que ya está

fuera de uso. Busca mantener el árbol ligado a las raíces. Es la que nos cuenta el pretérito de nuestra vida diaria, del hombre común, de nuestra familia y de nuestro terruño.

Para rematar con la frase: «su manifestación más espontánea es la historia pueblerina o microhistoria o historia parroquial o historia matra». ²

Con ello resulta claro que esta microhistoria es, en su esencia, una explícita llamada a regresar al cultivo y al desarrollo de la historia *local*. Una llamada que —dentro del contexto de profunda renovación historiográfica que vivió México después y bajo los benéficos efectos de la importante revolución cultural de 1968— ³ parecería haber sido muy bien escuchada, atendida y respondida por todo un sector de los historiadores mexicanos de las últimas tres décadas.

Si bien no es el llamado contenido en *Pueblo en viloni* en los trabajos de *Invitación a la microhistoria* y *Nueva invitación a la microhistoria* el que provoca el importante auge de la historia regional y local mexicanas posteriores a 1968, también es cierto que ese auge sostiene, en parte, la creciente y progresiva difusión de la «microhistoria» proclamada y defendida por Luis González y González. ⁴

Es pertinente afirmar que la microhistoria italiana está en las antípodas de esta microhistoria mexicana. Pues si esta última es, en lo esencial, solo una nueva versión de la antigua historia local, sofisticada y complejizada con algunas de las técnicas y de los métodos historiográficos desarrollados en los años 50 y 60 por la historia demográfica, por la historia de la vida cotidiana, etc., la microhistoria italiana, en cambio, constituye un complejo proyecto intelectual que *solamente* utiliza el nivel de lo «local» o de lo «regional» como simple y estricto «espacio de experimentación».

Es decir, la microhistoria italiana *no* es, en contra de lo que el término «micro» podría equivocadamente evocar, una historia de microespacios, microrregiones o microlocalidades, sino más bien una *nueva* manera de enfocar la historia que, entre sus procedimientos principales, reivindica el de «*cambio de escalas*» del nivel de *observación y de estudio de los problemas históricos* y, por lo tanto, utiliza el acceso a los niveles «microhistóricos» —o sea, a escalas pequeñas o reducidas de observación, que pueden ser locales, pero también individuales o referidas a un fragmento, una parte o un elemento pequeño de una realidad cualquiera— como espacio de experimentación y de trabajo, como procedimiento metodológico para el enriquecimiento del análisis histórico. Giovanni Levi es muy explícito cuando afirma: «la microhistoria, en cuanto práctica, se basa en esencia en la reducción de la escala de observación, en un análisis microscópico y en un estudio intensivo del material documental», y aclara de inmediato que «para la microhistoria, la reducción de escala es un

procedimiento analítico aplicable en cualquier lugar, con independencia de las dimensiones del objeto analizado», y agrega que «el auténtico problema reside en la decisión de reducir la escala de observación con fines experimentales». ⁵

Sin embargo, tanto la microhistoria mexicana como la italiana han recuperado y luego popularizado, en sus respectivos ámbitos nacionales —y para el caso de Italia, en el europeo y luego en todo el mundo occidental—, el término de «microhistoria», que por lo demás ellos no inventaron. ⁶ Y también ambas microhistorias son hijas de los efectos culturales e historiográficos desatados por la revolución cultural de 1968, desplegando sus respectivas curvas de vida en el mismo lapso de las últimas tres décadas. Lo que sin duda explica que, en México, la evocación del término se preste a confusión. Pero también subraya el hecho de que solo historiadores poco atentos o poco informados de los principales desarrollos recientes de la historiografía mundial, puedan llegar a confundir la microhistoria italiana con la mexicana. Pues la diferencia clara y profunda que existe entre, de un lado, una versión más o menos sofisticada de la antigua y tradicional historia local e incluso regional y, del otro, el complejo recurso del procedimiento metodológico del «cambio de escala» y el acceso al nivel de lo «micro» como un lugar de experimentación historiográfica, no puede escapar a la mirada cuidadosa de cualquier historiador actualizado respecto del estado general de los desarrollos y de las corrientes de la historiografía más contemporánea.

Las raíces y el contexto de origen de la microhistoria italiana

No es posible entender la originalidad y la naturaleza específica del aporte que ha representado la corriente de la microhistoria italiana, si no la ubicamos dentro del contexto general producido por la enorme revolución cultural planetaria de 1968, cuyos impactos se han hecho sentir en la historiografía, como también en toda la cultura del mundo occidental durante las últimas tres décadas. ⁷

A más de treinta años de distancia, resulta claro que 1968 representó también, entre tantas otras cosas, la crisis de los modelos generales y abstractos que, habiéndose desplegado exitosamente dentro de las ciencias sociales europeas durante los años 50 y 60 como esquema de aproximación a los problemas y a las temáticas abordadas por los científicos sociales, fueron vaciándose de contenido y perdiendo cada vez más tanto su capacidad explicativa como su fundamento nutricional originario, derivado de la rica y múltiple investigación empírica de los casos, las situaciones y las realidades

sociales e históricas *particulares*. Una crisis de estos modelos generales, tanto funcionalistas como estructuralistas, e incluso «marxistas» —de un marxismo, por lo demás, simplificado, manualesco y muy lejano del verdadero espíritu de Marx—,⁸ que se acompasa y empalma espontáneamente con el proceso evidente de «irrupción de la diversidad» que también representaron en todo el mundo los movimientos de 1968.

El año 1968 rompió con casi todas las «centralidades» que parecían inconmovibles en los años anteriores, liberando y haciendo aparecer en la escena social a una diversidad de actores, demandas, realidades y procesos hasta ese momento marginados u ocultos. A partir de finales de los años 60 surgen y se afianzan los nuevos movimientos sociales, con demandas ya no solo económicas o políticas, sino también ecologistas, pacifistas, feministas, antirracistas, o de defensa de la identidad y de los derechos de las más distintas minorías, grupos o actores sociales. También se producen la irrupción de demandas y frentes de lucha culturales o sociales, la reivindicación de la igualdad y visibilidad de las mujeres; el cuestionamiento de la lógica productivista-destructiva del medio ambiente y de los ecosistemas; defensa del derecho a la diferencia; búsqueda de modelos pedagógicos alternativos o reivindicación de los múltiples caminos y esquemas civilizatorios tomados por los grupos humanos, que desmontan y cuestionan radicalmente las viejas centralidades y hegemonías de lo económico-político, de la clase obrera como único sujeto revolucionario, de la lógica y el monopolio machista y patriarcal, de la discriminación racista y étnica, o de un tipo de familia, de educación o de civilización considerado como superior respecto de los restantes.

Una florida irrupción de lo diverso y una concomitante crisis de los centros y las hegemonías establecidas, necesariamente se proyecta también sobre esos modelos generales y abstractos —construidos, en el necesario proceso de abstracción que los apoya, sobre la atención privilegiada en torno a esos actores, o demandas, o tendencias, o realidades consideradas «centrales» o «fundamentales» y, por lo tanto, excluyentes de esa *diversidad y multiplicidad* solo reconocible en el ámbito de lo «particular»— como cuestionamiento de sus límites explicativos y como recordatorio urgente y necesario de que tales modelos son solo abstracciones construidas de esa misma rica y multiforme realidad particular.

Crisis de los modelos generales en ciencias sociales que tuvo una primera falsa salida en el desarrollo de las múltiples posturas posmodernas, desplegadas también después de 1968. Una falsa y cómoda salida que consistía simplemente en negar la validez, e incluso la posibilidad misma de construir modelos «generales», a los que se calificó de simples «metarrelatos» y frente a

los cuales lo que se defiende es un relativismo total de las posiciones y del conocimiento historiográfico —en esta óptica, reducido a simples relatos con pretensiones de verdad—, un relativismo que renuncia explícitamente al carácter *científico* del conocimiento histórico y reduce el resultado del trabajo del historiador a su sola y específica dimensión narrativa. Se trata de una falsa alternativa posmoderna que, no por casualidad, será duramente criticada y desmontada en sus supuestos e implicaciones metodológicas principales por los más importantes representantes de la microhistoria italiana.⁹

Frente a esta primera respuesta posmoderna, un verdadero callejón sin salida para los historiadores afrontados a esta crisis de los modelos generales, la microhistoria italiana ensaya *otro* camino, completamente diferente: consiste en propugnar el retorno a lo «micro» y la vuelta a la historia *viva y vivida* por los hombres, mediante el cambio de escala, pero sin renunciar en ningún momento a la necesidad e incluso al papel fundamental del plano de lo general. Por eso, Ginzburg define la búsqueda general de la corriente italiana como un proyecto cuyo objetivo es la construcción de «un paradigma general *capaz* de explicar los casos individuales y cualitativos, sin reducirse a la casuística»,¹⁰ es decir, restituir nuevamente el papel esencial de lo particular, de las realidades diversas, cuyo intento de explicación concreta genera justamente la construcción de esos modelos generales, pero sin abandonar o rechazar la imprescindibilidad y la relevancia de esa dimensión de lo general.

Poniendo entonces en el centro de su propuesta historiográfica general una novedosa forma de recuperación de la compleja dialéctica entre las escalas macro y microhistóricas de la realidad social, los microhistoriadores italianos también consolidan y afirman de manera definitiva el tránsito de la historiografía italiana hasta su condición de verdadera y estricta historia *social*. Al preguntarnos sobre las razones que explican el hecho de que la propuesta microhistórica haya nacido y se haya desarrollado en Italia, y no en ninguna otra parte del mundo, nos acercamos también a ese contexto historiográfico particular, el espacio de origen de esta corriente historiográfica que ahora analizamos.

Resulta claro entonces que la microhistoria italiana se inscribe dentro de un proceso más vasto, que la rebasa y subsume, pero que la sobredetermina e impacta igualmente: es el proceso ya mencionado de despliegue de la historiografía de la península italiana como renovada y estricta historia social. Un proceso que todas las historiografías del siglo xx han tenido que cumplir, más tarde o más temprano, y que en Italia se retarda claramente por la irrupción del fascismo y por el posicionamiento italiano dentro de la Segunda guerra

mundial. Pero, como es bien sabido, en Italia el fascismo fue vencido por una profunda y organizada resistencia social popular. Ello determinaría el hecho de que, al salir de la guerra, la tarea inmediata para los historiadores será la de ese tránsito masivo y generalizado desde los espacios de la historiografía jurídica, política, y de la filosofía de la historia, hasta los nuevos territorios de la historia económica, social y cultural.¹¹ Un tránsito que no solo explica la excepcional difusión y aceptación, en la Italia de los años 50 y los 60, del conjunto de trabajos y aportes producidos en esos años por la corriente de los *Annales*,¹² sino también el hecho de que la microhistoria italiana se ha formado y afianzado dentro de un clima altamente receptivo al tipo de historia económica, demográfica, social y cultural que ella desarrolla. También explica el hecho de que algún autor haya caracterizado a esa microhistoria como el simple «camino italiano» hacia esa misma historia social.

Pero la microhistoria de los historiadores italianos, siendo sin duda parte de la nueva historia social de la península y alimentándose de ella, va mucho más allá, al conformarse como una propuesta metodológica original y como una nueva vía del análisis histórico, que no casualmente ha desbordado los límites de la península itálica para difundirse con fuerza en Europa y en el resto del mundo occidental, durante los últimos cuatro lustros.

Así, resulta difícil entender esa originalidad y novedad de la propuesta microhistórica si no consideramos ciertos datos característicos y singulares del contexto italiano de los años 50 y 60, y que aluden, en un caso, a dos situaciones coyunturales de esa Italia de la segunda posguerra, y en otro, a realidades de larga duración de la historia italiana, que en esa propia coyuntura de posguerra se han manifestado también como elementos importantes y definitorios de esa misma microhistoria.

En primer lugar, la riqueza y la complejidad de la visión microhistórica no se puede entender sin considerar la situación coyuntural de extremo cosmopolitismo cultural que Italia ha vivido entre 1945 y 1968, aproximadamente. Como fruto de la relativa declinación que la historiografía italiana ha experimentado, luego del brillo de los trabajos de Benedetto Croce y Antonio Gramsci, entre otros, los historiadores de la península se han dedicado a asimilar y aclimatar todo dentro de su paisaje historiográfico, recuperando tanto la corriente de los *Annales* como los autores de la escuela de Frankfurt, los resultados de la historiografía socialista británica y la antropología anglosajona, lo mismo que sus propias tradiciones italianas y las más diversas corrientes y autores de la historia del arte, la crítica literaria o la antropología de los diferentes países de Europa. Estamos ante una apertura cosmopolita acendrada en los últimos

desarrollos del pensamiento crítico dentro de las ciencias sociales contemporáneas, sin cuya asimilación y síntesis sería imposible también entender esta corriente de la microhistoria italiana.¹³ Una variedad y enorme multiplicidad de las distintas «fuentes» o «raíces» intelectuales en que se apoya la propuesta microhistórica, y que es el fundamento evidente de sus complejas visiones acerca de la dialéctica macro/micro, de la definición misma de lo microhistórico y de lo macrohistórico, de su construcción progresiva de la noción de cultura, y de un nuevo modelo de historia cultural, lo mismo que de su renovación profunda de la historia económica, demográfica y social en las que ha incursionado. Esa complejidad de sus visiones y propuestas teóricas, metodológicas e historiográficas ha llevado a un historiador francés a decir que el lema de esa microhistoria italiana es «¿por qué hacer las cosas simples si se pueden hacer de una manera compleja?». ¹⁴

En segundo lugar, está claro que prácticamente todos los representantes de la microhistoria italiana se encuentran ubicados en posiciones políticas o ideológicas de izquierda, insertándose de múltiples maneras en el abanico de tradiciones y filiaciones culturales de esa Italia de la segunda posguerra, pero siempre dentro de emplazamientos que cuestionan la sociedad existente y que, denunciando su carácter injusto y explotador, reivindican la necesidad y la vigencia del pensamiento necesariamente crítico dentro de las ciencias sociales.¹⁵

Es una ubicación ideológica en perspectivas de izquierda que no solo explica el ya mencionado distanciamiento frente a las posiciones y las falsas salidas posmodernas, sino también el hecho de que los autores microhistóricos sean enérgicos promotores de la nueva historia social italiana, y aborden temas de historia de la clase obrera, la cultura de las clases oprimidas, la génesis y funcionamiento de los mercados en los orígenes del capitalismo, la formación de las élites y las clases dominantes, o el papel de los saberes «indiciarios» propios de las clases populares en la historia, entre tantos otros. Una toma de posición abierta dentro de las filas de la historiografía crítica contemporánea que, además de estar en la base del carácter profundamente *innovador* y *revolucionario* de las tesis microhistóricas, explica en parte tanto el espectro de sus filiaciones intelectuales específicas antes aludidas, como su vasta difusión fuera de Italia, en los espacios de la historiografía europea y occidental —e incluso, más recientemente, también japonesa.

En tercer lugar, y junto a este cosmopolitismo cultural acendrado y a esta clara vocación de izquierda de la historiografía italiana de la segunda posguerra, se encuentran también dos estructuras subyacentes de larga duración que, manifestándose con fuerza en los

años 40, 50 y 60 recién vividos, contribuyeron a definir los perfiles específicos del proyecto microhistórico. Dos estructuras que, si bien han estado presentes a lo largo de siglos, reactualizan justamente su presencia y su impacto dentro de la cultura italiana después del fin de la Segunda guerra y justamente como consecuencia de su irrupción.

La primera de estas arquitecturas de larga duración es la profunda y muy ampliamente difundida densidad histórica general del espacio que hoy conocemos como Italia. Una densidad histórica extraordinaria que se percibe de inmediato con solo recorrer la ciudad de Roma y toparse, a pocos metros de distancia, con presencias y monumentos que nos resumen, en unos cuantos kilómetros —como capas estratigráficas que parecerían conscientemente ordenadas—, la historia europea de por lo menos los últimos veinte siglos. Una densidad que ha llevado a los historiadores a calificar a Italia como «un libro abierto de historia», un «archivo vivo», que salta a la vista en cuanto uno recorre las distintas áreas, zonas, pueblos y ciudades de toda la península itálica.¹⁶ Una densidad de la historia nacional italiana a todas luces «anormal» respecto de la media europea y occidental, y que se ha ido asociando progresivamente a la «identidad» de la recién creada «nación» italiana que el ascenso del fascismo puso en cuestionamiento y crisis y que se reactualizó, en sus efectos y presencias, justamente después de la derrota de Mussolini y durante los años de 1945 a 1968.

Concentración y carácter evidente de «lo histórico» dentro de la cultura, la vida cotidiana y la historiografía, que explica, en parte, la construcción de la microhistoria italiana. Pues dentro de ese espacio «lleno de historias» que es Italia, resulta más fácil aprehender esas múltiples «escalas» de la realidad histórica; su juego e interrelación están en el centro de la propuesta microhistórica. Y así, el paso de los distintos planos «macrohistóricos» a los diferentes niveles «microhistóricos» es más fácil y fluido en una historiografía encuadrada dentro de una realidad que es un verdadero repertorio —múltiple, variado y casi inagotable— de «ejemplos», de «casos», de «individuos» y de «espacios» históricos del más diverso orden, tamaño, duración, ubicación o especificidad.

Finalmente, y como una segunda estructura de larga duración de la realidad social italiana, que se actualiza también en esas décadas posteriores a la Segunda guerra mundial, está la extrema descentralización y multipolaridad de esa unidad llamada Italia. Como pocos países modernos, Italia es también «diversidad» y, por lo tanto, un paisaje que, en verdad, conforma una síntesis compleja de muy distintas regiones, zonas, ciudades y espacios diferentes. Pero, además, junto a su enorme diversidad estructural, las diferentes partes que la conforman se han constituido, a lo largo de los siglos,

en otros tantos polos fuertes de desarrollo e irradiación de flujos históricos, y han provocado que sea más difícil pensar «lo general» sin lo particular, e incluso el proceso mismo de construcción epistemológica de esa dimensión de la generalidad.¹⁷ Entonces, y como otro de los resultados creados por la Segunda guerra mundial, que ha desgarrado también a Italia, dividiéndola entre la fascista y la de la resistencia y reactualizando sus divisiones y su multipolaridad, se desarrolla esa tentativa microhistórica italiana que pone en el centro esa relación entre el modelo general y el conjunto de casos o realidades particulares que el mismo modelo pretende abarcar y explicar. Con esto se comprende la crítica fundada de los microhistoriadores a las insuficiencias de esos modelos generales y su intento de renovarlos de nueva cuenta, inyectándoles vida, otra vez desde el ámbito de esas realidades diversas, multipolares y específicas del nivel microhistórico y particular. Se está ante situaciones coyunturales y estructurales del contexto italiano de germinación y génesis de la microhistoria, que tal vez expliquen, en parte, la hipótesis repetida por Fernand Braudel en varias ocasiones, de que después de la Segunda guerra mundial el «centro cultural» de Europa se había desplazado claramente desde París, y Francia en general, hacia Roma e Italia en su conjunto.¹⁸

Micrografías, micrologías y microhistoria italiana

Sin entrar a reconstruir toda la historia concreta de las principales ramas o vertientes de la corriente microhistórica italiana, ni tampoco sus impactos y formas de difusión diferenciados en Europa, América y Japón,¹⁹ trataremos más bien de concentrarnos en lo que consideramos su «núcleo duro» epistemológico, constituido por el procedimiento microhistórico del cambio de escala y de la reconstrucción de la compleja dialéctica entre lo macro y lo micro en historia, procedimiento compartido por los distintos representantes de sus diversas ramas o variantes, que da sustento y consistencia al apelativo mismo de dicha «microhistoria italiana».

Con ello, no olvidamos que en los más de cuatro lustros de esta corriente historiográfica, ha podido evolucionar y diversificarse, derivando de ese punto de partida o matriz común que es el procedimiento microhistórico. Una parte de los autores ha profundizado, sobre todo, en la línea de la renovación general de la historia económica, demográfica y social; otra vertiente ha desarrollado privilegiadamente el

La microhistoria italiana no es, en contra de lo que el término «micro» podría equivocadamente evocar, una historia de microespacios, microrregiones o microlocalidades, sino más bien una nueva manera de enfocar la historia que, entre sus procedimientos principales, reivindica el de «cambio de escalas» del nivel de observación y de estudio de los problemas históricos.

espacio de la reconstrucción y afirmación de una nueva y original propuesta de historia cultural.

La primera vertiente, asociada a los nombres de Eduardo Grendi, Giovanni Levi y sus discípulos, ha incursionado preferentemente en el tema de la relación entre los individuos o actores y su contexto específico, adentrándose en el estudio de lo que ha sido llamado el análisis de las redes microhistóricas, y reproblematicando desde allí temas como el de la biografía, la relación entre los diversos sistemas de normas y los espacios posibles de su transgresión, los modos concretos de ajuste del funcionamiento de un mecanismo económico, las formas de cohesión y comportamiento de las élites, el cambio generacional de los patrones de expectativas y de percepciones de una clase o las formas específicas de inserción de los grupos dentro de una entidad urbana más global, entre otras.²⁰

La segunda, vinculada casi exclusivamente al nombre y a la obra de Carlo Ginzburg, se ha concentrado, en cambio, en desarrollar un nuevo y original modelo de construcción para el estudio de la historia cultural. Dicho modelo pone en el centro de atención el rescate complejo de la cultura de los oprimidos, la revaloración del «punto de vista de las víctimas», redescubriendo y haciendo explícito el «paradigma indiciario» como método de recuperación de esa cultura popular. A la vez, insiste en la necesaria e ineludible interrelación e interdependencia entre la cultura de élite y la de las clases sometidas, reproblematicando los modos generales y específicos de su compleja y permanente dialéctica.²¹

Pero más allá de los aportes específicos de estas dos vertientes microhistóricas —cuyo análisis ameritaría un ensayo aparte—, el espacio común compartido por ambas es el del ya referido procedimiento microhistórico, que, como su nombre indica, implica en principio un claro reclamo de retorno al nivel microhistórico, defendido frente al agotamiento y la crisis de los modelos globales y concebido como un camino posible para recuperar esa dimensión viva y vivida de la historia, esa diversidad obliterada en los modelos globales cuestionados; retorno que, sin caer en la falsa salida posmoderna, permitiera renovar y relanzar la historia social italiana.

Lejos de una interpretación demasiado fácil de ese retorno, lo que los autores italianos proponen es volver a la dimensión microhistórica, pero *sin abandonar* el nivel de los procesos macrohistóricos, sin subsumirse totalmente en el espacio micro, sino, por el contrario, penetrar en él para recrear un modo nuevo de asumir tanto lo macro como lo micro en historia, redefiniendo también de un modo nuevo su compleja dialéctica. Al proponer esa vuelta al ámbito de las realidades microhistóricas, los autores que se concentran durante un período en torno al equipo constructor y dirigente de la hoy célebre revista *Quaderni Storiq*,²² tienen muy clara la necesidad de distanciarse, críticamente, de las dos formas tradicionales y más difundidas de enfrentar esa dialéctica macro/micro, que han sido ensayadas en el pasado y que en el fondo resuelven el problema privilegiando a uno de los dos términos y reduciendo el otro a ese primero.

Concebir el nivel macrohistórico como el más importante o fundamental, enfatizando la primacía epistemológica de «lo general» y reduciendo el nivel microhistórico a la condición de un simple conjunto de ejemplos, casos o concreciones diversas de esa misma «generalidad», es una reducción de la complejidad de ese nexo macro/micro. Con ello, el plano micro resulta ser una suerte de simple «espejo» de lo general, que está obligado a reflejar y a devolver pasivamente la imagen, tal vez un poco deformada o defectuosa, pero siempre correspondiente, de esa misma dimensión general.²³

La reducción de lo micro a lo macro ha engendrado, como contrapartida necesaria, a su opuesto. Frente a esta minimización de lo micro se ha desarrollado una postura inversa, que privilegiando el nivel de lo micro o de lo particular como el nivel esencial y central del análisis, ha terminado por concebir a lo macrohistórico solo como la suma, el conjunto o el simple agregado de casos o, también en otra variante posible, como el mero «telón de fondo», poco relevante desde el punto de vista epistemológico, de esas mismas realidades o fenómenos microhistóricos o particulares.²⁴

Ante estas dos formas de asumir la dialéctica macro/micro, que en el fondo reducen un término al

otro para simplificar falsamente el problema y eludirlo, la microhistoria italiana propone, más bien, restituir la complejidad de esa relación. Reivindica así la igual relevancia de ambos planos en términos gnoseológicos y epistemológicos, y propone un modo nuevo de concebir su específica articulación. Tal nuevo modo de aprehensión de la dialéctica macro/micro, a la vez que se distancia de las dos formas de reducción aludidas, se alimenta igualmente de las experiencias previas realizadas por otras ciencias sociales o humanas que, antes de ella, han afrontado ya esta referida diferencia de escalas.

Obviamente, no son los microhistoriadores italianos los que han inventado el recurso al nivel micro, ni tampoco los primeros en haberse adentrado en los problemas que la diferencia de las escalas macro/micro plantea. Pero, en cambio, sí les corresponde el hecho de haber intentado una forma *nueva y original* de abordar este problema, que al mismo tiempo recupera y supera las maneras ensayadas por la economía, la sociología, la arquitectura, la geografía, la antropología o la historia local o regional anteriores.²⁵

Así, ya la economía y la sociología habían creado las ramas diferenciadas de la macroeconomía o la macrosociología, frente a la microeconomía y la microsociología, que en esta perspectiva correspondían a dos niveles distintos de la realidad estudiada y, por lo tanto, eran concebidos como espacios con actores, lógicas, reglas, normativas y situaciones completamente distintas entre sí. Afirmando entonces la absoluta autonomía y diferencia de estos dos universos, estas ciencias no veían ninguna conexión entre ambas, separándolas como ramas independientes de su propio quehacer analítico.

La diferencia radical de lo macro y lo micro, postulada por la sociología y la economía, será recuperada por la microhistoria italiana, al asumir que efectivamente se trata de *dos* niveles diferenciados e irreductibles el uno al otro, y cada uno con una lógica y una especificidad exclusivas y singulares. Pero, a diferencia de la aproximación sociológica o económica, en el caso de la microhistoria se trata de *una sola* realidad histórica, presente en niveles diversos y susceptible de ser observada y estudiada en sus manifestaciones correspondientes a las distintas escalas en que se despliega, pero que, dada su unicidad originaria, nos obliga a establecer y a recrear el modo de conexión particular entre esos dos o más niveles o escalas considerados. El desafío será el de reconstruir esa conexión y movimiento de una escala a otra, respetando y asumiendo a la vez esas especificidades y diferencias derivadas del procedimiento del cambio de escala.

Ese procedimiento se ha enriquecido también desde las lecciones de la geografía y la arquitectura, las que

«reduciendo» las dimensiones de un mismo objeto, nos han demostrado que al cambiar la escala de observación o de consideración, cambia también necesariamente el nivel de información disponible en torno a ese objeto. Esto modifica profundamente lo que es perceptible y lo que no lo es, y transforma también la configuración de la realidad analizada. Cambios que el geógrafo o el arquitecto conocen bien, e igualmente incorporados por los microhistoriadores italianos, los que, al moverse de una escala macro hacia una micro, lo harán justamente para acceder a informaciones nuevas e inéditas, descubriendo otros elementos de la realidad histórica considerada y estableciendo nuevas conexiones, vínculos o configuraciones del problema investigado. Pero, a diferencia de los geógrafos y los arquitectos, con la plena conciencia de que en ese pasaje de una escala a otra, lo que ellos investigan son niveles *distintos* de una misma realidad que está presente, simultáneamente en varias escalas o dimensiones, y no un mismo objeto reducido a proporciones manejables por los hombres para su más fácil aprehensión. Reivindicando entonces el hecho de que se trata de dos dimensiones de lo real —distintas pero interconectadas— los microhistoriadores parten, en este periplo interescalas, a la búsqueda de informaciones, percepciones y formas inaccesibles desde solo *un* nivel de esa misma realidad.

Finalmente, y siempre dentro de este juego de simultáneos rescates y deslindes de las formas anteriores de aproximación al vínculo macro/micro, los autores de la microhistoria italiana han recogido también la lección de la antropología, la que abandonando radicalmente el nivel de lo macro, y denunciando sus límites y su «pobreza» relativa frente a las realidades particulares, se ha dedicado a mostrar y demostrar la riqueza exuberante de lo micro, desplegando análisis exhaustivos e intensivos y construyendo descripciones densas y reconstrucciones totales, con los cuales intentan agotar la descripción de los distintos objetos abordados. Reconociendo entonces los límites de la escala macrohistórica, pero negando la salida de obviarla o abandonarla, desarrollada por la antropología, igual que por la historia local o regional, los microhistoriadores italianos recuperan toda esa riqueza multifacética del nivel micro, justamente para utilizarla en la reconstrucción de un plano macro nuevo, más complejo, rico, desarrollado y lleno de determinaciones.²⁶

La originalidad del procedimiento microhistórico italiano

Si revisamos con cuidado tanto las principales obras como los ensayos metodológicos más importantes de los representantes centrales de la microhistoria italiana,

nos será fácil entender en qué reside uno de los aportes revolucionarios esenciales contenidos en su modo de proponer y luego desplegar operativamente el tantas veces referido procedimiento microhistórico italiano. Asimilando críticamente y superando a un mismo tiempo —bajo el modo de la clásica *aufhebung* hegeliana— las formas precedentes de abordar la dialéctica macro/micro, lo que los microhistoriadores italianos realizan es un claro desplazamiento del tradicional pensamiento dicotómico de los opuestos. Siguiendo, en este punto, las profundas lecciones de Norbert Eliás,²⁷ los promotores de esta visión microhistórica italiana abandonan totalmente las clásicas explicaciones que oponen lo general a lo particular, planteando las falsas disyuntivas, explícitas o implícitas, del individuo o el contexto, la visión de lo social en contra de lo individual, lo macro contra, al margen o en concurrencia con lo micro, la ley contra el caso o por encima del caso, el caso como forma de invalidar la ley, etc. Frente a ello, y en una visión radicalmente nueva y aún poco explotada por los científicos sociales, los autores italianos proponen más bien la construcción de lo general *desde* lo particular, resituando entonces al individuo *en* el contexto, y *dentro* de la sociedad. Así también es posible ver lo macro en lo micro, desde y dentro de lo micro mismo, reubicando el caso en la norma y la norma actuando dentro del caso, etc.

De ese modo, se desplaza completamente la manera de abordar todas estas dialécticas complejas, tan centrales y tan debatidas dentro de la historia y dentro de todas las ciencias sociales, superando el pensamiento simple binario, de opuestos rígidamente contrapuestos y solo excluyentes, para dar paso a la construcción de modelos más complejos y elaborados, que lo mismo reivindican la nueva biografía contextual, que descomponen el tiempo en las múltiples temporalidades, recreando los movimientos de va y viene, desde el individuo y la obra hasta el mundo y la época, y viceversa, y reconstruyendo las múltiples cadenas de interdependencia en que se inserta el individuo o el grupo específico estudiado.²⁸

Así, que lo que es fundamental no es ni lo «micro» considerado en sí mismo, ni lo «macro» concebido de manera autónoma y autosuficiente. Entonces, la microhistoria *no* es ni historia local del pueblo de Santena, ni historia biográfica tradicional de Menocchio o de Piero della Francesca, ni tampoco historia clásica de la obra de Galileo Galilei, sino más bien estudio complejo de las formas concretas de funcionamiento del mercado de la tierra en la Italia del siglo XVII y XVIII *a través* del caso de Santena, o estudio de la cultura campesina y popular del siglo XVI o, en otro caso, de la cultura de élite de esta misma época, *a través y por intermedio* del molinero Domenico Scandella o de la obra y la vida

del pintor de *El ádo de Arezzo*, lo mismo que historia de la revolución de las cosmovisiones europeas del mundo durante el Renacimiento *testimoniadas* en la suerte y los destinos de dicha obra galileana.

E igualmente, y en el otro extremo, tampoco interesa solo continuar repitiendo las historias generales y las tesis macrohistóricas habituales sobre el carácter necesariamente revolucionario de la ideología obrera, la naturaleza «irracional» de los mitos campesinos en la modernidad, o los procesos de centralización política en la formación del Estado moderno, sino más bien analizar las *formas concretas de despliegue y de particularización* de estos procesos y tendencias macrohistóricas, por ejemplo en la especificidad de la clase obrera turinesa, primero prosocialista y luego profascista, o también en la compleja construcción, estratificada y muy densa del rito/mito del aquelarre moderno y de su singular curva de vida en Europa y fuera de Europa, o finalmente en los modos concretos de trasmisión del estatus, del privilegio y del poder, en una pequeña aldea del Piamonte moderno.²⁹

Por lo tanto, lo que pone el verdadero núcleo del procedimiento microhistórico italiano en el centro de su preocupación no es ni solo lo micro ni solo lo macro, sino más bien la totalidad de esa compleja dialéctica entre los niveles o escalas macrohistóricas y microhistóricas. Y ello, más allá de las formas tradicionales de enfocar estos niveles sociales y dentro de una perspectiva no binaria dicotómica, ni de rígidas oposiciones y exclusiones, sino desde una nueva visión de verdadera dialéctica e interpenetración y presuposición mutua, donde lo macro está en lo micro y lo micro incluye a lo macro, sin eliminar sus diferencias específicas, pero sin olvidar que un nivel o escala *solo tiene sentido y significación* dentro de esa misma dialéctica que lo subsume y sobredetermina como una de sus partes componentes.

Ello nos permite, finalmente, comprender en qué consiste ese procedimiento microhistórico: en él se trata, según los cultores de la microhistoria italiana, de partir de la recuperación de una tesis o conjunto de tesis ya establecidas o definidas dentro del plano *macrohistórico*, para luego, en un movimiento que es justamente el de la «reducción de la escala de observación», llevar estas mismas hipótesis hacia un plano distinto, de proporciones siempre menores al plano o nivel original, y que será justamente el universo microhistórico. Considerando ese plano «reducido» o microhistórico como simple laboratorio histórico o «lugar de experimentación», habrá que retrabajar y someter a prueba dichas hipótesis o tesis macrohistóricas, verificando su validez, complejizando sus determinaciones, matizando sus contenidos e incorporándoles siempre nuevos y más sutiles

elementos, a través de los procedimientos antes referidos del «análisis microscópico» de los problemas y los puntos estudiados, y mediante la explotación exhaustiva e intensiva de todo el material y de todos los elementos derivados de ese mismo universo microhistórico. Finalmente, y para cerrar el círculo del recorrido global dentro de esa dialéctica macro/micro, el microhistoriador deberá volver hacia la dimensión macrohistórica, replanteando y hasta reformulando radicalmente, de un modo distinto, las hipótesis y tesis originalmente sometidas a este procedimiento o ejercicio, replanteamiento o reformulación que luego del paso o incursión por el experimento microhistórico, deberá necesariamente redundar en la construcción y elaboración de nuevas tesis, modelos y perspectivas macrohistóricas, mucho más ricas, complejas, finas y sutiles que las anteriormente existentes.

Tal procedimiento microhistórico da sentido a la frase antes citada de Jacques Revel para caracterizar el espíritu general de esa microhistoria italiana: «¿por qué hacer las cosas simples cuando pueden llevarse a cabo de una manera compleja?». Y puesto que la realidad social —como toda la realidad—, es sumamente compleja, y dado que el objetivo de la ciencia social es captar de la mejor manera esa complejidad, entonces resulta clara la intención general que persigue esta promoción, defensa y popularización de ese ejercicio microhistórico: se trata en general de avanzar hacia la construcción de modelos más complejos de explicación de lo social y de lo histórico, modelos más sutiles y desarrollados, que sean capaces de recoger y luego reproducir esa multidimensionalidad, flexibilidad, variabilidad y extrema riqueza de las realidades concretas que dichos modelos intentan aprehender.

Para evitar posibles confusiones, vale la pena preguntarse acerca de las condiciones específicas dentro de las cuales es posible y pertinente la aplicación o puesta en práctica de dicho procedimiento microhistórico. ¿Cuándo es posible hablar de un plano o escala macrohistórica, que incluya dentro de sí otros varios planos microhistóricos?, ¿cuándo es posible ese movimiento de «reducción de la escala de observación» y el concomitante descenso hacia lo micro?, ¿de qué «micro» estamos hablando cuando lo definimos como un laboratorio de análisis histórico o un lugar de experimentación del historiador?, ¿qué se requiere para que en esa dimensión microhistórica sea aplicable el «análisis microscópico» y también el «uso y tratamiento exhaustivo e intensivo de los materiales» disponibles? Y finalmente, ¿cómo garantizamos el movimiento de retorno desde lo micro hacia lo macro, y luego la reestructuración de ese macro desde los resultados del viaje realizado hacia el nivel micro? Porque es evidente que no cualquier problema es susceptible de ser

sometido al ejercicio del cambio de escala y de aplicación del procedimiento microhistórico, del mismo modo que no cualquier plano o nivel de la realidad tiene, respecto de cualquier otro, una relación de escalas interrelacionadas que podamos incluir dentro de la dialéctica macro/micro ya referida.

Entonces, para entender mejor esta compleja dialéctica entre lo macrohistórico y lo microhistórico, puede ser útil volver al importante y debatido concepto de totalidad histórica. Así, la relación macro/micro puede ser especificada como la que existe entre una cierta totalidad histórica y social compleja, y una de sus partes específicas, aquella que pueda ser especialmente «reveladora» del todo que se investiga. Lo que significa que la elección de las dimensiones macrohistóricas y luego de los universos microhistóricos no es para nada casual, azarosa o arbitraria. Porque es la realidad misma que estamos estudiando la que está compuesta de múltiples dimensiones o niveles, niveles o escalas orgánicamente relacionados y entre los cuales hay dialécticas y vínculos claramente establecidos. Por ello, cuando hablamos de la dimensión macrohistórica, nos referimos a esas totalidades histórico-sociales que han sido ya identificadas hace mucho tiempo por las ciencias sociales y cuyos intentos de explicación han generado ya la construcción de múltiples modelos, hipótesis y teorías diversas. E igualmente, al hablar de universos microhistóricos hablamos entonces de ciertas dimensiones, planos o espacios que son parte orgánica de esas totalidades globales y complejas y, además, partes o espacios particularmente reveladores de esas mismas totalidades. Lo cual acota y especifica las condiciones y los marcos de aplicación del procedimiento microhistórico. Pues al hablar de totalidades específicas y de partes o dimensiones reveladoras, hablamos —para ilustrarlo con un ejemplo gráfico— del tipo de relación que puede existir, por ejemplo, entre un rompecabezas considerado como todo, y una de sus piezas especiales, que por el fragmento del dibujo que incluye permite descifrar, de manera más evidente y en una forma particularmente acentuada, el sentido del diseño o dibujo general plasmado en el conjunto de dicho rompecabezas.³⁰

Así, dado que una totalidad *no* es un simple agregado o conjunto cualquiera de elementos —al modo, por ejemplo, de un zoológico cualquiera, una simple suma de animales, casual y caprichosamente reunidos en un mismo lugar físico y que, por tanto, *no* constituye una verdadera totalidad—, sino un conjunto complejo de elementos, necesarios y articulados de modo específico, y cuya unidad y relaciones determinadas constituyen justamente la totalidad de marras. La tarea del microhistoriador es, en el inicio, la misma que la del niño o adulto que se enfrenta al rompecabezas: partir

de la imagen global ya conocida, para comenzar ubicando aquellas piezas claves, especialmente «reveladoras» o «descifradoras» del conjunto, desde las cuales habrá de desarrollarse la (re)construcción de la figura buscada.³¹

Por lo tanto, el procedimiento microhistórico no es aplicable indiscriminadamente a cualquier problema de historia o dentro de cualquier circunstancia. Sin embargo, resulta claro que tanto su desarrollo como su posible difusión y extensión futura se refieren a ese universo de ciertos temas esenciales que, durante décadas y siglos han preocupado a los cultores de los territorios de la musa Clío. Porque al proponer una nueva estrategia epistemológica para resolver el viejo y recurrente problema de la relación entre los niveles macro y micro dentro de la historia, lo que la microhistoria italiana ha hecho es recordarnos una vez más que el conocimiento histórico no se agota nunca, y que las verdades históricas, real objetivo y sentido global del ejercicio de nuestra ciencia, si bien son perfectamente alcanzables y cognoscibles, siempre encierran ciertos aspectos o elementos aún por descubrir o descifrar. Si la realidad y el universo mismo son infinitos, no podrían ser finitas las verdades históricas ni su conocimiento histórico. Pero es justamente allí en donde reside, en parte, el inmenso placer de nuestro oficio.

Notas

1. Luis González González, *Pueblo en vilo*, Fondo de Cultura Económica, México, DF, 1968. De esta fecha data la edición original. El libro ha sido reeditado muchas veces, y en alguna ocasión en grandes tiradas hasta hoy.
2. Luis González González, «Teoría de la microhistoria», *Nueva invitación a la microhistoria*, Fondo de Cultura Económica, México, DF, 1982, p. 33. Una idea similar puede verse en su pequeño libro *Otra invitación a la microhistoria*, Fondo de Cultura Económica, México, DF, 1997, donde equipara explícitamente la microhistoria mexicana con, por ejemplo, la *Local History* inglesa o la *Petite Histoire* francesa, señalando sin embargo los inconvenientes de esas denominaciones, pero insistiendo en la idea de que más allá de su denominación, esa historia local o microhistoria «se ha ejercido sin el “nombre justo”... durante dos mil años», afirmación que nos ilustra claramente respecto a su idea en cuanto a la microhistoria mexicana como simple nueva versión de esa antiquísima historia local.
3. Carlos A. Aguirre Rojas, «Los efectos de 1968 en la historiografía occidental», *La Vasija*, n. 3, México, DF, 1998. En este artículo intento ubicar las coordenadas generales de ese contexto post 68 en el mundo occidental, y sus efectos generales en las historiografías de todo el Occidente.
4. Viéndolo en una perspectiva temporal más amplia, es evidente que tanto la obra como el proyecto de «microhistoria» de Luis González y González, por un lado, y el auge enorme de la historia local y regional mexicana, por otro, son simplemente expresiones de un proceso más global, que rebasa a México y abarca a toda América Latina, y el cual condensa los efectos de la Revolución

cultural de 1968, en nuestro subcontinente, bajo la forma de un intenso desarrollo de una original y muy pujante historia regional. Desgraciadamente, falta todavía la persona o personas que extraigan las lecciones generales —teóricas, metodológicas e historiográficas— de esta imponente producción de historia regional latinoamericana de las últimas tres décadas; producción que, sin dudas, singulariza nuestras historiografías, frente a otras del mundo occidental. Sobre la fuerza y desarrollo de esta historia regional latinoamericana, véase el artículo de Alan Knight, «Latinoamérica: un balance historiográfico», *Historia y Grafía*, n. 10, México, DF, 1998, y también el de Susana Bandieri, «Entre lo micro y lo macro: la historia regional. Síntesis de una experiencia», *Entrepasados*, n. 11, Buenos Aires, 1996, por mencionar solo dos ejemplos de entre los muchos posibles.

5. Giovanni Levi, «Sobre la microhistoria», *Formas de hacer historia*, Alianza Editorial, Madrid, 1993, pp. 122 y 124. Levi ha sido aún más explícito en cuanto a la contraposición entre la historia local y la microhistoria italiana en algunas entrevistas. Así, dice por ejemplo: «La microhistoria no tiene nada que ver con la historia local. Es decir, se puede hacer microhistoria de Galileo Galilei o de Piero della Francesca [...] la historia local es otra cosa distinta, la historia local estudia una localidad [...] en este sentido, no diré nunca microhistoria o historia local, son dos cosas totalmente distintas, enemigas; yo me ofendería mucho si fuese considerado un historiador local. Los dos pueblos a los que en particular he dedicado muchos años, son dos pueblos que considero sin ningún interés, de los que no he escrito la historia. He escrito una historia en ellos». («Antropología y microhistoria: conversación con Giovanni Levi», *Manuscrits*, n. 11, enero de 1993, pp. 17-8). Levi insiste en esta distinción, en otras dos entrevistas: «Il piccolo, il grande e il piccolo», *Meridiana*, n. 10, 1990, pp. 223-4, y «La microhistoria italiana», *La Jornada Semanal*, n. 283, noviembre de 1994, p. 36.

6. Carlo Ginzburg ha revisado acuciosamente la historia del término en su artículo «Microstoria: due o tre cose che so di lei», *Quaderni storici*, n. 86, a. XXIX, agosto de 1994. En este artículo, también Ginzburg caracteriza a la «microhistoria mexicana» como una simple variante de la historia local, estableciendo su distinción radical con el proyecto intelectual de los microhistoriadores italianos.

7. Sobre la caracterización de 1968 y sus impactos en la cultura y la historiografía posteriores, véase Fernand Braudel, «Renacimiento, Reforma, 1968: revoluciones culturales de larga duración» (*L'Express*, noviembre de 1971), *La Jornada Semanal*, n. 226, México, DF, octubre de 1993; Immanuel Wallerstein, «1968: revolución en el sistema-mundo. Tesis e interrogantes», *Estudios sociológicos*, n. 20, México, DF, 1989; Francois Dosse, «Mai 68, les effets de l'Histoire sur l'histoire», *Cahiers de l'IHTP*, n. 11, París, abril de 1989; «Mai 68, mai 88: les ruses de la raison», *Espaces Temps*, n. 38-39, París, 1988; Carlos A. Aguirre Rojas, «1968: la gran ruptura», *La Jornada Semanal*, n. 225, México, DF, octubre de 1993; «Los efectos de 1968...», ob. cit.; «Repensando los movimientos de 1968», *1968. Raíces y razones*, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, Ciudad Juárez, 1999.

8. En este sentido del agotamiento de los «modelos generales» vaciados de contenido y reducidos a esquemas simplificados de la realidad, vale la pena volver a revisar el libro pionero de Jean Paul Sartre *Crítica de la razón dialéctica*. Allí, Sartre enfrenta a esos marxistas «vulgares» y a sus modelos empobrecidos que pensaban que, para explicar a Flaubert, bastaba con decir que era un «pequeñoburgués» de la época del segundo imperio. Pero como hubo decenas de miles de esos pequeñoburgueses y solo uno fue Gustave Flaubert, y solo uno escribió *La educación sentimental*, ese modelo de explicación no basta. De este modo, Sartre anticipa una de las críticas recurrentes de todos los microhistoriadores italianos a esos modelos generales,

y se constituye en uno de sus antecedentes intelectuales importantes, aunque no explícito y no asumido conscientemente por esos mismos microhistoriadores. Sobre la relación entre esa crisis de los modelos generales y el nacimiento de la microhistoria, véase Carlo Ginzburg, ob. cit., pp. 17-21.

9. Al respecto, véanse las agudas críticas de Carlo Ginzburg a las posiciones de Hyden White en sus artículos «Provas e possibilità a margem de “Il ritorno de Martin Guerre” de Natalie Zemon Davis» y «Exphrasis e citação», *A micro-historia e outros ensaios*, Difel, Lisboa, 1989, y también en sus artículos «Solo un testigo», *Historias*, n. 32, México, DF, 1994 y «Revisando la evidencia: el juez y el historiador», *Historias*, n. 38, México, DF, 1997. Véanse también las críticas de Giovanni Levi a las posturas posmodernas en sus artículos «Sobre la microhistoria», y «I pericoli del Geertzismo», *Quaderni Storici*, n. 58, a. XX, 1985.

10. Véase el brillantísimo artículo de Carlo Ginzburg, «Indicios. Raíces de un paradigma de inferencias indiciales», *Mitos, emblemas, indicios*, Gedisa, Barcelona, 1994. Valdría la pena ver también, en esta misma y compleja línea de investigación el muy interesante debate que suscitó posteriormente este artículo y del cual es solo una pequeña muestra la transcripción recogida en la revista *Quaderni di Storia*, n. 12, a. VI, 1980. Lamentablemente no podemos detenernos en el análisis que ameritaría este ensayo excepcional.

11. Véanse Daniela Coli, «Idealismo e marxismo nella storiografia italiana degli anni '50 e '60»; Alberto Caracciolo, «La storiografia italiana e il marxismo»; y Pasquale Villani, «La vicenda della storiografia italiana: continuità e fratture», en *La storiografia contemporanea. Indirizzi e problemi*, Il Saggiatore, Milán, 1989; también Alberto M. Banti, «Storie e microstorie: l'histoire sociale contemporaine en Italie (1972-1989)», *Genèses*, n. 3, París, 1991; y Luigi Masella, *Passato e presente nel dibattito storiografico*, De Donato, Bari, 1979.

12. Falta un trabajo satisfactorio que reconstruya globalmente esta presencia y esa red compleja de influencias de los *Annales* franceses en Italia. A la espera de este, pueden sin embargo verse los desarrollos interesantes incluidos en el libro de Massimo Mastrogregori, *El manuscrito interrumpido de Marc Bloch*, Fondo de Cultura Económica, México, DF, 1998. También Carlo Ginzburg y Carlo Poni, «El nombre y el cómo: intercambio desigual y mercado historiográfico», *Historia Social*, n. 10, Valencia, 1991; Maurice Aymard, «Impact of the Annales School in Mediterranean Countries», *Review*, v. 1, n. 3/4, 1978; «L'Italia-mondo nell'opera di Braudel», *Crítica Marxista*, n. 1, 1987; «La storia inquieta di Fernand Braudel», *Passato e presente*, n. 12, 1986. Por ejemplo, hasta hoy, nadie ha subrayado el hecho de que Fernand Braudel, protagonista esencial de esos *Annales* en los años 50 y 60, tenía relaciones importantes, y más o menos permanentes, de intercambio y colaboración con Federico Melis, Federico Chabod, Franco Venturi o Delio Cantimori, y también que ha tenido como discípulos en sus seminarios parisinos a Ugo Tucci, Alberto Tenenti o Ruggiero Romano, entre muchos otros, en una red que cubría prácticamente los centros principales de la innovación historiográfica y de los desarrollos más importantes de esa historiografía italiana de la segunda posguerra. Lo que ha llevado a decir a Braudel que «el azar ha querido que mis libros se lean, sin duda, más en Italia que en Francia. No sé demasiado bien por qué razones». (*Écrits sur l'histoire II*, Arthaud, París, 1990, p. 285). En nuestra opinión, no se trata de un azar y la razón que explica esto es justamente las transformaciones de la historiografía italiana que aquí estamos solamente evocando de una manera muy general. Se trata, sin embargo, de una línea de investigación aún abierta y que valdría la pena desarrollar mucho más ampliamente.

13. Para darse cuenta de este cosmopolitismo excepcional, basta ver las referencias a pie de página o contenidas en los ensayos de Eduardo Grendi, Giovanni Levi o Carlo Ginzburg. Por ejemplo, es bien conocido el enorme trabajo de recuperación que Eduardo Grendi ha llevado a cabo para introducir dentro de los debates de la cultura italiana a un conjunto importante de los aportes de la antropología anglosajona y, en general, de ciertos autores relevantes del pensamiento social anglosajón, como por ejemplo Norbert Elias, Karl Polanyi, Edward P. Thompson o Frederick Barth, entre otros. Al respecto pueden verse Eduardo Grendi, *Polanyi. Dall'antropologia economica alla microanalisi storica*, Etas Libri, Milán, 1978, así como su compilación de textos *L'antropologia economica*, Giulio Einaudi, Turín, 1972.

14. Véase Giovanni Levi, ob. cit., p. 142. La referencia original es una afirmación del historiador francés Jacques Revel en su «L'histoire au ras du sol», prefacio a Giovanni Levi, *Le pouvoir au village*, Gallimard, París, 1989.

15. Sobre esta filiación de izquierda de la microhistoria italiana, basta revisar los testimonios explícitos tanto de Giovanni Levi («Entrevista a Giovanni Levi», *Estudios Sociales*, n. 9, Santa Fe, 1995), como de Carlo Ginzburg («Carlos Ginzburg: an interview», *Radical History Review*, n. 35, 1986).

16. Véase Carlo Ginzburg y Carlo Poni, «El nombre y el cómo: intercambio...», en donde se subraya esta densidad histórica excepcional del paisaje mismo de la península italiana.

17. Sobre este aspecto véase Carlo Ginzburg, «Historia da arte italiana», *A microhistoria e outros ensaios*, donde Ginzburg subraya esta condición *multicentrada o multipolar* de la historia italiana de larga duración, así como sus consecuencias para la construcción de una historia del arte en Italia.

18. Véase Fernand Braudel, coord., *L'Europe*, Arts et Métiers Graphiques, París, 1982, especialmente el capítulo 8 titulado «Culture et civilisation. Le splendeur de l'Europe», falsamente atribuido a Folco Quilici y redactado en realidad por el propio Braudel.

19. Se trata de dos temas que ameritarían sendos ensayos aparte. Para una primera visión general de esta historia de la microhistoria italiana, de sus distintas vertientes y de sus desiguales difusiones, puede verse el bien documentado artículo de Anacleto Pons y Justo Serna, «El ojo de la aguja: ¿de qué hablamos cuando hablamos de microhistoria?», *Ayer*, n. 12, 1993. También puede verse el punto 3 del capítulo 3, «Microenfoques de la historia: lo cualitativo, la experiencia humana y lo “excepcional normal”», en Elena Hernández Sandoica, *Los caminos de la historia*, Síntesis, Madrid, 1995. Para tener una idea más directa de esta historia de la microhistoria puede ser útil revisar algunos textos ya «clásicos»: Eduardo Grendi, «Micro-análisi e storia sociale», *Quaderni Storici*, n. 35, a. XII, 1977; «Ripensare la microstoria?», *Quaderni storici*, n. 86, a. XXIX, 1994; Giovanni Levi, «Sobre la microhistoria»; Carlo Ginzburg, «Microstoria: due o tre...»; «Indicios. Raíces de un paradigma...»; «Introducción», *Historia nocturna*, Muchnik Editores, Barcelona, 1991. Sobre la desigual difusión de la microhistoria en el mundo, es curioso observar que mientras en Francia está más difundida la rama de historia social, económica y demográfica desarrollada por Grendi, Levi, Mauricio Gribaudo y Simona Cerruti, entre otros, en cambio en los Estados Unidos son mucho más populares y difundidos los trabajos de Carlo Ginzburg. Para comparar esta desigual difusión puede verse, por ejemplo, Jacques Revel, coord., *Jeux des échelles*, Gallimard y Le Seuil, París, 1996, donde Carlo Ginzburg solo es citado de manera marginal dos veces en todo el libro. En el otro extremo, véase Edward Muir y Guido Ruggiero, eds., *Microhistory and the Last Peoples of Europe*, John Hopkins University Press, Baltimore,

1991, donde predominan los ensayos del mismo Ginzburg. En México, Japón y Brasil, igual que en España, parece ser más conocida la obra de Carlo Ginzburg que la del resto de los microhistoriadores italianos, mientras que en Argentina hay una situación más equilibrada en cuanto al conocimiento y la difusión de los resultados de las dos principales vertientes de la microhistoria italiana. Un tema interesante que valdría la pena desarrollar ulteriormente.

20. Hablamos en este caso de los textos bien conocidos de Eduardo Grendi, *I Balbi*, Giulio Einaudi, Turín, 1997; Giovanni Levi, *La herencia inmaterial*, Nerea, Barcelona, 1990; Mauricio Gribaudo, *Itinéraires ouvriers. Espaces et groupes sociaux à Turin au début du XXe siècle*, EHESS, París, 1987; Simona Cerruti, *La ville et les métiers*, EHESS, París, 1990, por mencionar solo algunos de los ejemplos más difundidos.

21. Véase Pietro Redondi, *Galileo Herético*, Alianza Editorial, Madrid, 1990; y, sobre todo, Carlo Ginzburg, *El queso y los gusanos*, Muchnik, Barcelona, 1981; *Historia nocturna: Mitos, emblemas...; Les batailles nocturnes*, Flammarión, París, 1984; *El juez y el historiador*, Muchnik, Barcelona, 1993; *Pesquisa sobre Piero*, Muchnik, Barcelona, 1984; Carlo Ginzburg y Adriano Proserpi, *Giocchi di pazienza*, Giulio Einaudi, Turín, 1975. También vale la pena ver los trabajos más recientes de Ginzburg, *Occhiacci di legno*, Feltrinelli, Milán, 1998, y *History, Rhetoric, Proof*, Brandeis University Press-University Press of New England, Hannover, 1999, donde amplía sus perspectivas para reflexionar sobre algunas de las categorías centrales de la historia cultural, sobre la diversidad y el diálogo intercultural, así como sobre las condiciones mismas y la naturaleza general del propio oficio de historiador y de sus implicaciones más esenciales.

22. Es bien sabido que la revista *Quaderni Storici*, que terminaría asociándose a la corriente microhistórica como su órgano de expresión y difusión más importante, comenzó su historia en 1966 como *Quaderni Storici delle Marche*—y publicando, cosa digna de señalar, en su primer número, la primera traducción italiana del célebre artículo de Fernand Braudel «Historia y ciencias sociales. La larga duración». Pero es solo en los años 70, luego de una reorganización de su comité, de ciertos cambios, y de perder el apelativo «delle Marche» que ha comenzado a funcionar como el principal espacio de concentración e irradiación de la microhistoria. Lo que no impide que ya en los años 80 haya comenzado a ser un poco abandonada o dejada de lado por algunos de los principales representantes de esa misma microhistoria, como en el caso del propio Giovanni Levi o de Carlo Ginzburg, por lo que ha perdido una parte de su fuerza de innovación y de su carácter de «núcleo estructurador» y de «foro de concentración» de los descubrimientos principales de esa microhistoria.

23. Esta reducción es justamente el objeto de la crítica de Jean Paul Sartre en *Crítica de la razón dialéctica*.

24. Una adecuada crítica de este procedimiento que reduce lo general a ser una simple suma de los casos y de las dificultades e implicaciones de este paso, puede verse en Bernard Lepetit, «Les Annales aujourd'hui», *Review*, v. XVIII, n. 2, Binghamton, 1995.

25. En el argumento de esta idea, resumo las ideas que me ha suscitado la lectura del brillante ensayo de Bernard Lepetit, «Architecture, Géographie, Histoire; usages delle échelle», *Genèses*, n. 13, París, 1993. Considero que esta es una versión un poco más trabajada que la que, con algunas diferencias, se incluye en el libro ya referido *Jeux d'échelles*, con el título «De l'échelle en histoire».

26. Es claro para nosotros que la influencia de las distintas vertientes de la antropología del siglo xx, desde los trabajos de Frederick Barth

hasta los de Claude Levi Strauss, pasando por las lecciones de Clifford Geertz, entre otros, ha sido decisiva en la construcción de las diferentes perspectivas de los diversos autores de la microhistoria italiana. Sin embargo, el desarrollo adecuado de este asunto ameritaría por sí mismo un nuevo ensayo que no podemos incluir aquí. Sobre esto puede verse el artículo de Paul-Andre Rosental, «Construire le "macro" par le "micro"». Frederik Barth et la *microstoria*», en Jacques Revel, coord., ob. cit. También pueden verse varios de los ensayos incluidos en *Ethnologes en miroir*, Maison des Sciences de l'Homme, París, 1992, muy en particular el artículo de Christian Bromberger, «Du grand au petit. Variations des échelles et des objets d'analyse dans l'histoire récente de l'ethnologie de la France». Véase también la «Introducción», en Carlo Ginzburg, *Historia nocturna*, y el artículo de Giovanni Levi, «I pericoli del geertzismo».

27. Véase al respecto, sobre todo, Norbert Elías, *Sociología fundamental*, Gedisa, Barcelona, 1982, y el conjunto de su obra, incluyendo *The Germans, Deporte y ocio en el proceso de la civilización*, *El proceso de la civilización*, o *La civilización de los padres y otros ensayos*, entre varios otros. Sin la consideración de la obra de Norbert Elías resulta muy difícil entender los aportes y el conjunto de la propuesta de los microhistoriadores italianos.

28. Nos referimos, como es evidente, a las obras bien conocidas de Lucien Febvre, Fernand Braudel, Jean Paul Sartre o Norbert Elías, por mencionar solo algunos ejemplos de autores que, en cuanto a la superación del pensamiento binario o dicotómico rígido, anteceden y preparan esta conclusión específica desplegada por la microhistoria italiana.

29. Nos referimos, en estos ejemplos de los últimos dos párrafos, a las obras bien conocidas de Giovanni Levi, *La herencia inmaterial*; de Carlo Ginzburg, *El queso y los gusanos*, *Pesquisa sobre Piero*, e *Historia nocturna*; de Pietro Redondi, *Galileo Herético*, y de Mauricio Gribaudo, *Itinéraires ouvriers. Espaces et groupes sociaux à Turin au début du XXe siècle*, todas ellas mencionadas en las notas anteriores.

30. Tal vez no es solo por azar que uno de los libros importantes de Carlo Ginzburg, escrito en coautoría con Adriano Proserpi, infelizmente aún no traducido al español, se llama *Giocchi di pazienza*.

31. Parte especialmente «reveladora» del todo, no quiere decir ni mucho menos parte «representativa» del todo. Pues, después de Michael Foucault, es bien sabido que los «márgenes» de una totalidad cualquiera o sus elementos «excluidos»—y por tanto muy poco «representativos»—pueden ser tan o más reveladores de sus estructuras esenciales que sus elementos más «típicos» o característicos. Un punto que se vincula con el célebre *oxymoron* popularizado por los microhistoriadores italianos de lo «excepcional normal». Al respecto, véase Eduardo Grendi, «Microanalisi e storia sociale», donde se enuncia por primera vez dicho *oxymoron*. Sobre las lecciones de Foucault en torno al asunto mencionado, véase Francisco Vázquez García, *Foucault o la crítica de la razón*, Montesinos, Barcelona, 1995, y *Foucault y los historiadores*, Universidad de Cádiz, Cádiz, 1987.